

vista de los nativos, pero de una manera muy distinta; la impresión de los indios es ahí completamente favorable a los españoles, a los que toman por dioses. El relato de Madariaga es algo menos complaciente porque anota que un indio comentó que los españoles tenían cola y por eso andaban vestidos; aclara que «Era éste el chiste permanente en las Antillas sobre tribus distantes que se sabía, con mayor o menor certidumbre, ir vestidas»<sup>47</sup>, pues el cronista de los reyes Andrés Bernáldez recuerda que unos indios «dijeron al Almirante que adelante de allí era Magon, donde todas las gentes tenían rabos, como las bestias o alimañas; y que a esta causa los hallarían vestidos», porque «ansí los de esta provincia de Ornophay como ellos andan desnudos todos, hombres y mujeres, facen escarnio de los que oyen decir que andan vestidos»<sup>48</sup>. Aparentemente Colón no se dio cuenta de la broma desde un principio por influencia de sus lecturas, ya que Marco Polo afirma que en las montañas del reino de Lambri «hay hombre que tienen cola larga un palmo» y «gordas como las de un perro»<sup>49</sup>. Madariaga, que parece apreciar el humor de los nativos, cuenta que «un viejo indio, con cazurrería poco usual, explicó al Almirante que había gran abundancia de oro en muchas islas a cien y más leguas de distancia, con lo cual revelaba la distancia a la que deseaba ver a los españoles, tentándoles en particular con una isla que era todo oro, y en las otras que hay tanta cantidad que lo cogen y lo ciernen como con cedazos». Es obvio que «los indios habían aprendido ya ese truco... de mandar a los cristianos a buscar oro “allí nomás, detrasito de esa loma”, a veinte leguas por lo menos de sus tierras»<sup>50</sup>. También en la novela de Blasco Ibáñez los indios muchas veces «dieron a entender por señas que había hombres de su raza con muchas anillas de oro en brazos y piernas, pero siempre era en la isla más cercana, nunca en la suya» (p. 209). Sin embargo, en *El arpa y la sombra* se expresa esta situación de una manera mucho más clara cuando Colón dice: «Y ahora estos cabrones indios que no hacían sino desorientarme: los de la Española, acaso por alejarme de sus minas de oro, me decían siempre que más allá, que más lejos pero no tan lejos, que — “caliente”, “caliente”, “caliente”, como en el juego de la candelita» (p. 124).

Tal vez la principal aportación de Carpentier a este respecto está en la manera en que recrea las impresiones de los indios que Colón se llevó a España, pues éste supo por uno de ellos que ni querían ni admiraban precisamente a los españoles: «Decían que nuestras casas apestabán a grasa rancia; a mierda, nuestras angostas calles; a sobaquina, nuestros más lucidos caballeros, y que si nuestras damas se ponían tantas ropas, corpiños, perifollos y faralás, era porque, seguramente, querían ocultar deformidades y llagas que las hacían repulsivas — o bien se avergonzaban de sus tetas, tan gordas que siempre parecían prestas a saltarles fuera del escote»

<sup>47</sup> *Madariaga*, p. 301.

<sup>48</sup> *Madariaga*, p. 607.

<sup>49</sup> *Viajes, colección Austral*, n.º 1.052 (Madrid: Espasa Calpe, 4.ª ed., 1965) p. 162.

<sup>50</sup> *Antonello Gerbi, La naturaleza de las Indias nuevas, de Cristóbal Colón a Fernández de Oviedo, trad. A. Alatorre (México: Fondo de Cultura Económica, 1978) p. 428.*

(p. 141). Se asombran además de la desigualdad social y de la violencia, así como de la religión. Por supuesto, todo esto comenzó con el ensayo «Des cannibales» de Montaigne, donde éste consigna los comentarios de tres indios brasileños que fueron presentados en Ruan al joven Carlos IX (octubre 1562); éstos se asombraban de las diferencias sociales y no comprendían que los franceses se dejaran gobernar por un niño; además, el pasaje de Carpentier recuerda también los *Dialogues* del barón de Lahontan (1703) donde el salvaje Adario se burla de los aparatosos trajes de las mujeres<sup>51</sup>.

## Epílogo

En una nota publicada al final de *En busca del Gran Khan*, Blasco Ibáñez comenta la personalidad de Colón, menciona algunas tesis sobre su origen y relata que «murió en España, pero su cadáver fue llevado años después al Nuevo Mundo... enterrándolo en la catedral de la ciudad de Santo Domingo», así como que, «En 1795, al abandonar España a la República francesa, por el tratado de Basilea, la parte española de dicha isla..., creyó oportuno llevarse el cadáver de Colón, y después de numerosas investigaciones notariales y demás ceremonias lo trasladaron con gran pompa a la catedral de La Habana»; posteriormente, «cuando reconoció España la independencia de Cuba, se llevó de nuevo el cadáver a Sevilla, y allí reposa actualmente, en la catedral de dicha ciudad» (p. 326). Sin embargo, en 1877, el obispo de Santo Domingo, «que se llamaba Cocchia y un canónigo Bellini, los dos italianos a juzgar por sus apellidos, ...encontraron un segundo cadáver de Colón, dando a entender que los comisionados españoles del siglo XVIII se habían equivocado al hacer el traslado de sus restos, y en vez de llevarse el cadáver del Almirante habían cargado con el de su hijo o nieto, pues los tres estaban enterrados en el mismo altar» (p. 327). En realidad, Blasco Ibáñez no cree en esa equivocación, pero de cualquier modo anota que a Colón no sólo se le han atribuido varios lugares de nacimiento sino también dos tumbas. Por su parte, Alejo Carpentier nos enteramos en la primera parte de su novela de que Pío IX «había encargado al historiador francés, el conde de Roselly de Lorgues, una *Historia de Cristóbal Colón* varias veces leída y meditada por él, que le parecía de un valor decisivo para determinar la canonización del descubridor del Nuevo Mundo» (p. 17), así como de que esta idea se la había ocurrido durante un viaje a Argentina y Chile realizado en su juventud; el desenlace de esta historia tiene lugar en la tercera parte de la novela, donde el fantasma de Colón asiste a la reunión de la Congregación de los Ritos en que, después de oír el testa-

<sup>51</sup> Además, Alejo Carpentier pudo haber leído el libro de Erasmo Ancira, *Un maya descubre España en 1529*, pues el protagonista se asombra de que la gente viva amontonada, con las casas pegadas unas a otras, a veces encimadas, cuando había tanto espacio alrededor de los pueblos, le llamó la atención que los españoles fueran tan peludos como animales y percibió el mal olor que todos despedían porque no se bañaban a menudo y comían ajos y cebollas; el pasaje de Carpentier parece un resumen del libro que se publicó dentro de la colección *Populibros* La Prensa en los años cincuenta. Por supuesto, hay muchas otras obras parecidas y un libro clásico sobre la cuestión, el de Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo: historia de una polémica*. Trad. A. Alatorre (México: Fondo de Cultura Económica, 2.<sup>a</sup> ed., 1982).

mento del padre Las Casas y las opiniones de Víctor Hugo y Julio Verne, se rechaza definitivamente la beatificación que habían solicitado cientos de obispos. Es como si en vez de un epílogo Carpentier hubiera escrito dos, pues en ambos textos —la primera y la tercera parte de su novela— se exponen hechos posteriores a los de la parte central, cuyo sentido aclaran; también se podría decir que Carpentier dividió el epílogo en dos partes, colocando una al principio y otra al final de la novela, porque lo que cuenta en la tercera parte es continuación de la primera. *El arpa y la sombra* es de cualquier manera un tríptico. Las confesiones de Colón ocupan la parte central, mientras que a los lados se refiere la historia de su frustrada incorporación al santoral. En la parte central, Alejo Carpentier escribe de manera específica contra Blasco Ibáñez, pero en general se opone a Paul Claudel, a quien se le dedican además la primera y tercera parte.

Juan José Barrientos



Cristóbal Colón